LOS JÓVENES ANTE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v59i209.239>

JAVIER ELZO IMAZ*

Nos proponemos en estas páginas reflexionar sobre las demandas y expectativas de parte de la juventud europea y, en todo caso, de la española, atendiendo a lo que, según ellos mismos, les ofrece y les debe de ofrecer la religión en sus vidas. Me basaré en un trabajo inédito en España, aunque también haré referencia a algunos datos provenientes de encuestas españolas. Será la segunda parte de estas páginas.

En la primera parte presento, de forma sucinta, una lectura personal de cómo percibo la dimensión religiosa en el ámbito occidental del mundo de hoy. Bastantes de estas reflexiones están recogidas en mi última publicación, *Los cristianos, ¿en la sacristía o tras la pancarta?*¹, a la que me permito remitir al lector interesado en profundizar en las cuestiones que abordo en este apartado.

Cierro estas líneas con una breve enumeración de cuáles podrían ser las líneas fuerza que podría utilizar la iglesia en acercamiento al mundo juvenil. Sigo la interesantísima lectura que hace Francesc Torralba en su publicación de este verano de 2013 (y que referencio en su momento) donde, además de presentarnos el legado de Benedicto XVI, nos abre a las líneas maestras del pensamiento de Jorge María Bergoglio cuando era Arzobispo de Buenos Aires. Creo que son una excelente guía para la nueva evangelización de los jóvenes y, para su profundización, esta vez remito al lector interesado al libro de Torralba.

1. LA DIMENSIÓN RELIGIOSA EN EL MUNDO DE HOY

Desde un mundo postsecular, aunque resacralizado en dioses seculares como el dinero, el bienestar, el fútbol o la moda, los ídolos de la canción etc., en un mundo occidental donde la religión del cuerpo ha suplantado a la religión de espíritu (gimnasios llenos e iglesias vacías), la pregunta que se le plantea hoy a la Iglesia Católica (pues desde ella y pensando en ella escribimos), tanto a su jerarquía, como a sus fieles, sin olvidar a sus pensadores, es la de saber que adviene

* Javier Elzo Imaz. Catedrático Emérito de sociología de la Universidad de Deusto.
1. PPC, Madrid 2013.

en un régimen de laicidad pública que parece querer cantonarla en su vida interior, a lo sumo en el interior de sus templos, sin inmiscuirse en la «res pública». Basta ver, por ejemplo, el debate sobre la clase de religión en la escuela pública o el de las finanzas con motivo de las visitas del Papa. Los cristianos a la sacristía o a la intimidad de los hogares es la idea dominante en la sociedad actual.

Esta situación, además, sucede en un régimen democrático de libertades públicas, régimen que, según algunos, o quizá muchos, no lo es suficientemente exigiendo ¡democracia real ya!, como hemos observado en los manifiestos y manifestaciones del «movimiento 15 M», régimen de libertades públicas que llama a la participación en la cosa pública de los ciudadanos, según las convicciones de cada uno. Esto es, se pide la participación de los ciudadanos en los debates sociales, en los debates públicos, desde sus propias convicciones. En evidente que los cristianos se encuentran en una aporía ante esta situación. Como ciudadanos se les pide que participen en la cosa pública pero, como cristianos, deben permanecer en sus sacristías.

Pero ¿tienen los cristianos, en cuanto cristianos –católicos en nuestro contexto– un proyecto de sociedad que ofrecer a la sociedad, con las especificaciones –en sanidad, finanzas, infraestructuras, modelos educativos, etc.– como los que puede presentar un partido político que solicita el sufragio de sus conciudadanos? No es cuestión a excluir de un plumazo. En la historia reciente, en el siglo pasado, hemos vivido estas situaciones, incluso alentadas por la jerarquía católica pero, en la actualidad, pensamos que resulta inviable. No solamente por la dificultad de sortear el constructo social dominante que pide a los cristianos que se refugien en sus sacristías, es que, de entrada, dado el pluralismo religioso en el seno de la propia iglesia católica, resulta difícil, por no decir imposible, encontrar un acuerdo entre los cristianos, sobre el modelo de sociedad que ofrecer a sus conciudadanos. Basta, para comprobarlo rápida y fehacientemente, analizar la dispersión del voto católico que si bien tiene una clara tendencia a apostar por siglas que, convencionalmente, denominamos de derechas, también abundan cristianos en las siglas que se sitúan en la izquierda e, incluso, en la izquierda extrema. Pero hay otra cuestión más de fondo.

¿Es misión de la Iglesia, en la sociedad de hoy, «cristianizar el mundo», «cristianizar la sociedad»? Un poco de perspectiva histórica vendría bien. En el siglo pasado, sin remontarnos más lejos, ha habido un número suficientemente elevado de cristianos que han ocupado cargos decisivos en la política, la economía, la enseñanza, la cultura, para no ilusionarse más al respecto. Como dice Poulat «los cristianos no tienen ninguna razón para desesperarse mientras no confundan la virtud de la esperanza con algunas formas que adoptan sus ilusiones: reconquistar el mundo, rehacer cristianos a nuestros hermanos, instituir una nueva cristiandad o bien profetizar la catástrofe»². Incluso, recuérdese la Acción Católi-

2. E. Poulat, *France chrétienne, France laïque. Entretiens avec D. Masson*, Paris 2008, 187.

ca desde Pío XI, y más recientemente, la idea de inculturar la fe en el mundo de hoy, bajo el supuesto de dar sentido a una actividad humana de la que se piensa que, sin esa fe, estaría, precisamente, desprovista de sentido. Es esta actitud (de superioridad apenas encubierta de la «única verdad» del mensaje católico) la que está en la base de no pocos conflictos en el diálogo interreligioso, particularmente entre cristianos. También en el diálogo con los no creyentes y, más aún, con los ateos. Aparquemos aquí el Islam doctrinariamente intransigente.

En efecto, como señala Torres Queiruga, «todavía anida en el inconsciente colectivo que acercarse a otra religión significa *sustituir* con nuestra verdad la suya propia, ‘convirtiéndola’ a la nuestra». Así, continúa, la aculturación vendría a suponer «respetar la cultura (su cultura) pero sustituir la religión (su religión)». De ahí que propugne líneas abajo la categoría de «inreligionación». «Una religión, que consiste en saberse y experimentarse como religión viva con Dios o con lo Divino, cuando percibe algo que puede completar o purificar esa relación, es normal que trate de incorporarla. *Lejos de suprimirse como tal relación a lo Divino, lo que hace es afirmarse de una manera más rica e intensa (...)* Crece desde la apertura al otro hacia el misterio común»³ (subrayado del autor).

Volviendo a la cuestión de la secularización, postsecularización más bien en la modernidad avanzada, los cristianos, especialmente en el mundo europeo occidental, se encuentran en una situación nueva en la historia. Apenas tienen capacidad de influir en su curso. Tampoco son objeto de debate, salvo en cuestiones de bioética, del comienzo y del final de la vida y, de forma ya muy amortiguada, en las cuestiones de ámbito sexual, procreación y la cuestión homosexual. Recuérdese: en el último tratado frustrado de la Unión Europea no se logró ni que se mencionaran los orígenes cristianos de la cultura europea.

De nuevo Poulat: «Los cristianos no tienen que condenar ni adoptar la ‘modernidad’, sino, en su crisol, pasar la prueba radical que la modernidad les impone, inédita en la historia de la humanidad. La mayor parte se encuentran cómodos y, aunque críticos con ella, saben aprovecharla aún sin aceptarla con satisfacción. Menos aún producirla. Se han aculturado sin lograr esa inculturación de la que hablan frecuentemente. La sirven y se sirven de ella; no la dirigen y no influyen en su curso»⁴.

La reflexión es lúcida, pertinente, muy importante. En medio de la distinción entre aculturación (de los cristianos en el mundo actual, preciso yo) y de la pretensión de inculturación (de los cristianos al mundo moderno, de nuevo preciso yo) se juega el futuro del cristianismo en general y del catolicismo en particular en el mundo de hoy. La aculturación de los cristianos al mundo actual supone, como poco, dar por buena, sin más, la actual cultura moderna en un intento de

3. A. Torres Queiruga, *El diálogo de las religiones en el mundo actual: Selecciones de Teología* 197 (2011) 59.

4. E. Poulat, *France chrétienne, France laïque*, 187.

acomodar el mensaje cristiano al lenguaje y a los valores y estilos de vida de actuales. La inculturación de la cultura de esa sociedad por los cristianos (en realidad la pretensión o el objetivo de inculturar la sociedad actual por el cristianismo) supone, por el contrario que esa sociedad y esa cultura, precisarían de la sabiduría cristiana siendo, dejadas a sí misma, intrínsecamente, si no perversas, sí al menos, radicalmente imperfectas.

Las dos posturas nos parecen criticables y responden, en último término, a dos tentaciones del catolicismo actual, a dos riesgos mayores: el riesgo de la disolución en el mundo moderno o el riesgo del gueto, gueto que, en algunos supuestos, puede llevar al cruzadismo ante la lectura del mundo actual como radicalmente perverso.

En efecto, inspirándonos en un estudio de Jean Pierre Denis⁵, constatamos que los cristianos tenemos la «peligrosa manía» de pensar que vivimos como sobre crestas escarpadas y corremos el riesgo de despeñarnos o marginarnos. Como decía arriba los riesgos están, por un lado, en caer en la complacencia, en la acomodación, para quedar bien. Es el riesgo de la fusión. Por el otro lado, está el riesgo del aislamiento, por considerarnos los únicos puros, los únicos poseedores de la verdad. Es el riesgo del gueto. Vamos a precisarlos un poco más.

El riesgo de la fusión con el mundo moderno, consiste en disolverse en la secularidad, incluso a desaparecer de éxito, al precipitar la trasfusión de los valores cristianos en un humanismo post religioso abierto a «todos los hombres de buena voluntad» pero que, al mismo tiempo, progresivamente, se mutila de la cruz, luego un cristianismo huérfano de la resurrección.

El riesgo de la fusión lleva también a la complacencia, a la dilución en la adormidera del runrun mayoritario con la vana esperanza de ser aceptado en la figura de un cristiano débil, que, a lo sumo, recibiría la sonrisa displicente de quienes, por mor de tolerantes pasivos, «olerán» a los últimos cristianos, cual especie en extinción.

Por el contrario el riesgo del gueto es la culminación del riesgo de esconderse, de separarse. Emmanuel Mounier (en *L'Affrontement chrétien*) denunciaba «un dogmatismo altivo encerrado en no se sabe qué problemas, sin duda esenciales en sí mismo considerados, pero devenidos en su formulación tan radicalmente extranjeros al fiel que ni siquiera le irritan: se duerme» (citado por Denis, 333). Es la cima del gueto, la de los elegidos, los puros, los auténticos, la de los poseedores de la única verdad.

Esta segunda deriva, manifiestamente fundamentalista, puede tener dos variantes: la de la secta (literalmente eso significa secta: quien se separa del colectivo, del mundo en este caso) riesgo que, como ya he apuntado más arriba, puede conducir al cruzado, situación de quien, imbuido de poseer la única verdad, por tanto, del único camino de salvación, hace de su vida una militancia redentora.

5. J. P. Denis, *Pourquoi le christianisme fait scandale*, Paris 2010.

Esta polarización en la iglesia entre la dilución y el gueto no es cosa nueva. En un libro de R. Berzosa encontramos esta afirmación de 1976 firmada por algunos prominentes sacerdotes de la época, algunos ya fallecidos, otros en plena actividad. Dice así: «La Iglesia puede perder su identidad por una encarnación indiferenciada como puede perder su significación por un distanciamiento del mundo... Deseamos una Iglesia que no se separe del mundo ni se confunda con él, formando parte de la sociedad y no dejándose asimilar por nada ni por nadie»⁶. ¿Diríamos entonces aquello de «nihil novum sub sole» o que la historia, definitivamente, es cíclica y repetitiva?

De hecho, en el seno de la Iglesia siempre ha habido sensibilidades diferenciadas y los tiempos actuales son cualquier cosa menos monolíticas. Es ya una banalidad afirmar que vivimos en una sociedad plural, conformada por unas personas muy individuales que tienen dificultad para adoptar y asociarse en proyectos colectivos. Como base o sustrato de la actual civilización occidental veríamos, en esta segunda década del siglo XXI, dos liberalismos modernos que se posicionan con fuerza:

—el de derechas, el liberalismo del mercado, del dinero, del buen vivir, de la promoción social al precio que sea, caiga quien caiga. La crisis que estamos padeciendo desde el año 2008 hay que inscribirla en este momento de la civilización occidental donde se alza como valor supremo el bienestar de los individuos y de quienes le sean más cercanos, esto es, sus núcleos familiares más próximos.

—el de izquierdas, el liberalismo de las costumbres, el libertario, en particular el de la vida sexual y de ocio. También en el familiar. Siguiendo al pensador francés Gilles Lipovetsky, la familia moderna sería como una prótesis individualista para el desarrollo de los miembros que la componen, básicamente la pareja adulta con ninguneamiento explícito de los hijos que quedan relegados a ser meramente niños.

En este marco, pensamos, que debe insertarse la labor de los cristianos, de sus iglesias y de sus instituciones. Particularmente las educativas que pretendan ser algo más que transmisoras de conocimientos o habilitadoras de recursos para la inserción socio-laboral de sus alumnos (aun sin olvidar o relegar a un segundo plano estos dos objetivos básicos de todo centro educativo), esto es, entidades o redes educativas, que pretendan la educación integral de la persona del alumno, luego también la religiosa.

En este planteamiento se necesita destacar la apuesta por:

- la fragilidad frente al valor de lo performativo,
- la gratuidad frente al mero beneficio, la recompensa,

6. Citado por R. Berzosa, *10 Desafíos al cristianismo*, Estella 2004, 64. La cita está sacada de *Afirmaciones para un tiempo de búsqueda* (1.6.1976), con colaboraciones de R. Alberdi, R. Belda, O. González de Cardedal, J. Martín Velasco, A. Palenzuela, F. Sebastián, J. M. Setién.

–el amor, frente al solo placer,
–la utilidad frente al utilitarismo,
–la debilidad de la utopía cristiana (Dios es amor y trascendencia) frente a la (pretendida) fortaleza de la quimera del individualismo triunfante gracias a la competitividad pura y dura que, aun sin nombrarlo, menos aún aceptarlo, hace suya la tesis hobbesiana del «homo homini lupus».

¿Debe ser la Iglesia, debe aspirar la Iglesia a ser «madre y maestra» para el mundo de hoy, según la fórmula de Pablo VI? ¿No deberá pensar en ser abuela más bien que madre, por utilizar un símil de E. Poulat?

Los padres, padre y madre, tratan no solamente de inculcar unos valores a sus hijos. Su objetivo, máxime en un mundo convulso como el actual, es el de su futuro, piensan en su futuro laboral en primer lugar. Quienes somos padres lo entendemos muy bien porque participamos de esas preocupaciones, anhelos, cuando no angustias, ante la incierta deriva de nuestros hijos. Los abuelos, abuelo y abuela, tratan de ayudarlos a vivir mejor, a que sean más felices, mejor insertados en el mundo también, pero con la distancia de la experiencia de quienes han pasado por todo. Así, están menos preocupados por las creencias de sus nietos, incluso por los saberes de sus nietos (sus calificaciones escolares, por ejemplo) que por sus virtudes. Quieren verlos sanos física y psicológicamente sí y, socialmente más aún, contentos consigo mismos, firmes en sus valores cual juncos que saben acomodarse al viento sin perder su fuerza, raíz y compostura.

Centrándonos en la dimensión explícitamente religiosa cabe preguntarse si lo esencial está en la búsqueda de la «vera doctrina» o en el ejercicio de la caridad, desde la quintaesencia de la doctrina cristiana como podemos constatar en los textos bíblicos de Mateo 25 o en toda la teología de Juan, por ejemplo el quinto capítulo de su primera carta. Una vez más Emile Poulat: «Hemos dado a la fe una preeminencia que San Pablo concedía a la caridad, bajo la presión de una evolución histórica que ponía en primer lugar la apologética. Había que defender la fe por todos los medios, la fe que se perdía, un estado de espíritu confortado por la lucha sin piedad contra la crítica kantiana del conocimiento. Se llega así a un catolicismo de la cátedra, a un catolicismo de profesores, un fenómeno análogo a lo que sucedió en el movimiento socialista: un socialismo de la cátedra, de teóricos, severo hacia el socialismo de masas, generoso, espontáneo pero (intelectualmente) desarmado»⁷.

Este debe de ser, en nuestra opinión, el espíritu en la propuesta de la fe cristiana, máxime en una sociedad plural y desnortada como la nuestra, poniendo el acento, precisamente en base a esa fe cristiana, en el ejercicio de la caridad. *Deus caritas est*, como reza la magnífica primera encíclica de Benedicto XVI.

7. E. Poulat, *France chrétienne, France laïque*, 248.

2. QUÉ VALORAN LOS JÓVENES EN LA DIMENSIÓN RELIGIOSA

El diario católico «La Croix» publicaba en julio de 2011, justo antes de la JMJ de Madrid, una encuesta realizada a jóvenes en edades comprendidas entre los 18 y los 35 años (límites frecuentes en los estudios sobre jóvenes en Francia) de cinco países europeos: Francia, Alemania, España, Italia y Gran Bretaña.

El cristianismo está bien presente en determinados aspectos de la cultura europea, así como la visibilidad de los cristianos, aunque de forma diferenciada según los países, apareciendo Italia como «la más cristiana», Francia la menos y España siguiéndola muy de cerca. Veamos algunos detalles, de entrada.

Los jóvenes estiman que, en su sociedad, los cristianos son suficientemente visibles. Así lo estima el 61 % de los jóvenes, cifra media de los jóvenes de los cinco países estudiados. España destaca porque, para el 28 % de sus jóvenes (17 % para la media europea), los cristianos españoles «son demasiado visibles y hacen hablar demasiado de ellos».

El relativismo de las confesiones religiosas, medido por la expresión «todas las religiones se valen» está muy extendido entre los jóvenes en la Europa que se analiza en esta encuesta. Es lo que opina uno de cada dos jóvenes, destacando claramente al alza Francia. Pero más importante es señalar que, para uno de cada dos jóvenes, «el mensaje y los valores del cristianismo son siempre de actualidad». Estamos ante el ejemplo típico de la botella medio llena o medio vacía. Típico, tópico, pero no por ello menos real. Gran Bretaña e Italia destacan al alza en esta apreciación, Francia y España a la baja. Más adelante veremos, con detalle, qué es lo que verdaderamente destacan los jóvenes del cristianismo pero señalemos antes la crítica valoración que, con la notable excepción de los italianos, conceden a la comunicación de la fe a las nuevas generaciones, a ellos mismos como jóvenes.

En efecto, a la afirmación de que «los cristianos y las iglesias no saben comunicar bien ni dirigirse a las nuevas generaciones» se adhiere el 79 % de los jóvenes franceses, el 76 % de los españoles y británicos, el 74 % de los alemanes pero apenas un 30 % de los jóvenes italianos. Este dato confirma, una vez más, la fuerte penetración del cristianismo institucional (catolicismo en realidad) en Italia frente a la desafección en los demás países aquí analizados, España incluida. Pero vayamos ya al meollo de lo que aporta esta encuesta.

Son dos cuestiones que, en parte se solapan, pero que nos parece de interés tratarlas separadamente. Me serviré de dos tablas que he traducido del original de «La Croix».

a) *Las prioridades exigibles a las iglesias cristianas en el siglo XXI*

La primera cuestión mide cuáles deben ser las prioridades en las acciones de las iglesias cristianas en nuestro siglo. Traslado las respuestas dadas por los jóvenes de los cinco países estudiados en la tabla 1.

TABLA 1. *Prioridades de las iglesias cristianas en el siglo actual*
 (En orden decreciente de menciones de los jóvenes españoles. Datos en %)

	ESPAÑA	FRANCIA	ALEMANIA	ITALIA	G. B.	EUROPA
Luchar contra pobreza aquí, entre nosotros	63	45	47	42	36	46
Actuar por la paz en el mundo	43	56	42	42	35	44
Actuar para que haya más justicia	24	19	49	34	10	28
Estar presente y disponible en los momentos clave de la vida	17	29	24	32	50	31
Hacer conocer el mensaje de Cristo	15	11	12	18	23	16
N =	502	1 009	503	511	505	3 030
	100 %					

Fuente: IFOP para «La Croix», Trabajo de campo (Método CAWI) en marzo 2010.

La tabla, centrándonos en España, presenta una lectura globalmente positiva con un aspecto realmente reconfortante pero, otro, que no lo es tanto. Los jóvenes españoles piensan que, prioritariamente, lo que debe hacer la iglesia de su país (católica mayoritariamente, como es bien sabido) es «luchar contra la pobreza, aquí, entre nosotros». El papa Francisco no se cansa de hablar sobre este tema. En su visita a una favela en Rio de Janeiro, con motivo de las JMJ de julio de 2013, pronunció estas rotundas palabras: «Ningún esfuerzo de pacificación será duradero para una sociedad que ignora, margina y abandona en la periferia a una parte de sí misma. La medida de la grandeza de una sociedad está determinada por la forma en que trata a quien está más necesitado, a quien no tiene más que su pobreza». Y lo completó con estas palabras: «Me gustaría hacer un llamamiento a quienes tienen más recursos, a los poderes públicos y a todos los hombres de buena voluntad comprometidos en la justicia social: que no se cansen de trabajar por un mundo más justo y más solidario. Nadie puede permanecer indiferente ante las desigualdades que aún existen en el mundo. Que cada uno, según sus posibilidades y responsabilidades, ofrezca su contribución para poner fin a tantas injusticias sociales. No es la cultura del egoísmo, del individualismo, que muchas veces regula nuestra sociedad, la que construye y lleva a un mundo más habitable, sino la cultura de la solidaridad; no ver en el otro un competidor, sino un hermano» (en la prensa del 25.7.2013).

Es pues clara la importancia que el papa concede a la labor para erradicar la pobreza como un signo de los cristianos. Y podríamos recordar aquí los documentos pontificios al respecto, desde León XIII hasta Benedicto XVI. No es de extrañar, pues este mandato está en la quintaesencia del cristianismo. Baste recordar, de nuevo, la primera carta de Juan, el capítulo 25 de Mateo, la comunión de bienes en los primeros cristianos, etc.

Y los jóvenes españoles no solamente lo han visto bien, sino que destacan sobre sus coetáneos europeos considerados en esta encuesta, al subrayar este aspecto de la lucha por erradicar la pobreza como labor prioritaria en la iglesia. El 63 % de los jóvenes españoles lo señalan, frente 46 % de la media europea. No entro en los detalles por países que el lector podrá realizar según sus intere-

ses, pero sí deseo llamar su atención señalando que el ranking de prioridades no es el mismo en todos los países.

En otro apartado de estas líneas mostraré cómo esta priorización de la labor con los más necesitados como signo del trabajo eclesial no es privativa de los jóvenes españoles, sino del conjunto de la sociedad española, dato que, muy probablemente, explica la priorización juvenil. Pero volvamos todavía a la tabla 1. La segunda nota que subrayan, esta vez al unísono, aun destacando al alza los franceses, es la necesidad de actuar por la paz en el mundo. El 44% de los jóvenes europeos lo subrayan.

Obsérvese también que la actitud de «estar presente y disponible en los momentos clave de la vida» ocupa el tercer lugar en el ranking de las prioridades exigibles a las iglesias cristianas. Que los jóvenes españoles se posicionen en este ítem en último lugar (solamente el 17 % lo mencionan frente al 50 % de sus coetáneos británicos, por ejemplo) no debe inducir al error de pensar que los españoles valoren en menor grado esta disposición de «estar ahí cuando haga falta». Más bien lo contrario. Nos inclinamos a decir que esta disposición es algo que dan por supuesto: en la iglesia y fuera de la iglesia. La respuesta del pueblo gallego ante la tragedia del descarrilamiento del tren a cuatro kilómetros de Santiago de Compostela, la tarde-noche del 24 de julio de 2013, es el último ejemplo que me viene a la cabeza al escribir estas líneas. Pero además, es sabido que España destaca en porcentajes de donantes de sangre, de órganos, de cooperantes, etc. Sin embargo quiero remarcar algo que varias veces he utilizado al referirme a estas actitudes y comportamientos, con la expresión de «solidaridad puntual», pues es, más bien, reflejo de «estar presente y disponible en determinados momentos» como reza el ítem que comentamos, que una disposición continuada, que debiera reflejarse, por ejemplo, en un alto nivel de asociacionismo en el voluntariado, lo que no es, en absoluto, el caso.

En fin, vayamos ya a lo que, al inicio de este epígrafe, señalé como el aspecto menos reconfortante de las prioridades que los jóvenes españoles «exigen» de sus iglesias: «que hagan conocer el mensaje de Cristo». Sólo el 16 % de los jóvenes europeos lo señalan y el 15 % de los españoles. De nuevo dejo que el lector comente por sí mismo las diferencias entre países. No analizamos aquí la juventud europea, sino la española. Damos los datos europeos para contextualizar.

Dos ideas: lo esencial no está en la fe sino en la caridad (1 Cor 13), ciertamente. Pero de un cristiano se espera que sepa dar cuenta de porqué coloca al «otro», al necesitado, al pobre, al excluido, en el centro de sus preocupaciones, como cristiano que es, y en la primera de las exigencias de su iglesia. Y eso pasa por conocer, por mostrar, la vida y el mensaje de Jesús el Cristo. Es evidente que se puede ser cristiano sin saberlo. Ya lo decía Karl Rahner hace cincuenta años con la expresión (que no me gusta y me explico al respecto en mi último libro) de «cristianos anónimos». Incluso personas que se dicen cristianas y que actúan como tales, priorizando al necesitado, no sabrían dar cuenta razonada

del porqué de su actitud más allá de un genérico hay que ayudar al necesitado. Obviamente, lo repito, esto es lo esencial. Siempre la «ortopraxis» será más importante que la «ortodoxia», por utilizar términos que se utilizaban cuando era joven. Pero dar cuenta de aquello en lo que creemos y que nos impulsa a actuar centrándonos en el necesitado no solamente colma una interrogante personal sino que la enraíza en la verdad de la fe cristiana. Y la hace más robusta. Intelectualmente más consistente.

En la encíclica *Lumen fidei*, que tenía redactada el papa Benedicto XVI, pero que, con algunas aportaciones personales, firma el papa Francisco se afirma de forma magistral –valgan estas dos citas como botones de muestra–: «La verdad de un amor no se impone con la violencia, no aplasta a la persona. Naciendo del amor puede llegar al corazón, al centro personal de cada hombre. Se ve claro así que la fe no es intransigente, sino que crece en la convivencia que respeta al otro. El creyente no es arrogante; al contrario, la verdad le hace humilde, sabiendo que, más que poseerla él, es ella la que le abraza y le posee. En lugar de hacernos intolerantes, la seguridad de la fe nos pone en camino y hace posible el testimonio y el diálogo con todos (LF 33)». La fe es, precisamente, la que pone en camino al creyente, le muestra el camino abierto por Jesús, el Dios encarnado de los cristiano, camino que le llevará a «dar testimonio» y «al diálogo con todos».

Para ello algunas páginas antes la encíclica ya había asentado que «la fe transforma toda la persona, precisamente porque la fe se abre al amor. Esta interacción de la fe con el amor nos permite comprender el tipo de conocimiento propio de la fe, su fuerza de convicción, su capacidad de iluminar nuestros pasos. La fe conoce por estar vinculada al amor, en cuanto el mismo amor trae una luz»... Si el amor necesita la verdad, también la verdad tiene necesidad del amor. Amor y verdad no se pueden separar. Sin amor, la verdad se vuelve fría, impersonal, opresiva para la vida concreta de la persona. La verdad que buscamos, la que da sentido a nuestros pasos, nos ilumina cuando el amor nos toca. Quien ama comprende que el amor es experiencia de verdad, que él mismo abre nuestros ojos para ver toda la realidad de modo nuevo, en unión con la persona amada (LF 27)». Extraordinarias reflexiones de un hombre, un papa, que corre el riesgo, como el anterior Benedicto XVI, de quedar injustamente oscurecido entre su antecesor y su sucesor.

«El cristianismo no es un humanismo» se titulaba, certeramente, un libro de José María González Ruiz muy leído en los años 60 del siglo pasado, pero de ahí no se sacan dos conclusiones que serían falsas. La primera, en efecto, que el cristianismo no se diluye en el humanismo. No hace falta ser cristiano para ser humanista. Otros, no cristianos, también lo son y, muchos, de forma sobresaliente. Pero que el cristianismo no se confunda con el humanismo no significa, al contrario, que un cristiano pueda ser inhumano. Sería la peor de las cosas que pudiera decirse de un cristiano que, como nos ha mostrado con su penetración

habitual Ratzinger (y con su insistencia en estar cerca de los necesitados el papa Francisco) al insistir que la fe cristiana transforma a la persona, porque la fe le abre al amor. Aquí radica la especificidad de la ortopraxis cristiana, cuya radicalidad reside en su ortodoxia. Es su fe la que le lleva al amor, una fe recibida y que se concreta en un amor gratuito, desinteresado.

Pero tanto la fe como el amor desinteresado no están dados de una vez por todas. Están en el ADN del cristiano, pero este ADN no es inmutable, este ADN no solamente no escapa de los áleas de la vida, de las influencias del entorno, de la solidez de la fe que se dice tener. Este ADN exige constantemente la aquiescencia de la libertad de la persona que se dice cristiana. Exigen el acuerdo de su libertad inalienable. La fe, luego la acción gratuita por el bien del «otro», no se imponen, se acogen (o no) y, de forma libre y autónoma, se llevan, o no, a la práctica. El ejercicio de la libertad muestra que la duda forma parte de la fe pero, si riesgo hay de caer en la intransigencia de pretenderse poseedor de la única fe verdadera que, inexorablemente sería «nuestra fe», la fe que nosotros hemos «construido» acorde a nuestra ecuación personal, también acecha el riesgo de una fe encenagada en la duda, una fe que olvida que, en última instancia, es dada, y ante la que solo cabe la oración de escucha, aun sabiendo que no pocas veces habremos de pasar «oscuras noches del alma».

Benedicto XVI, dirigiéndose a los periodistas en el avión que le llevó de Roma a Edimburgo a la beatificación de Newman, el 16 de Septiembre de 2010, dijo de Newman que es un hombre moderno «con todas las dudas y los problemas de nuestro ser de hoy. Esta modernidad interior de su vida, añadió el Papa, implica la modernidad de su fe. No es una fe en fórmulas de un tiempo pasado sino una fe personalísima, vivida, sufrida, encontrada en un largo camino de renovación y de conversiones», subrayando con su tono de voz esta última palabra en plural (así lo reflejaba Zenit el 16.9.10).

Insistimos en estos aspectos, pues nos permiten cerrar los datos de la encuesta que comentamos. No hay ni puede haber contradicción entre «hacer conocer el mensaje de Cristo», prioridad señalada por un escaso 15 % de jóvenes españoles, mientras que el 63 % mencionaban que esa prioridad debe consistir en «luchar contra la pobreza aquí, entre nosotros». Y ciertamente, puestos en la disyuntiva, no cabe duda: la caridad primero. Pero, y de forma particular en un mundo postsecular, en los restos de cristianismo al que le cuesta cortar las amarras con el pos-constantinismo; en un mundo resacralizado en dioses no cristianos; en un mundo no solamente líquido, sino gaseoso y volátil, el enraizamiento de la fe en el amor exige una labor kerigmática y ejemplificadora por parte de la Iglesia católica conformada por unos creyentes que ya es hora de que se caractericen por ser adultos. De nuevo Newman para cerrar este punto.

En efecto, para Newman hay una primacía absoluta de la conciencia personal, lo que hace de él, si se me permite la expresión, un pensador liberal. Su famosa afirmación, en el inicio de la *Apología*, «yo mismo y mi Creador», lo mues-

tra. Al mismo tiempo propugna que hay una experiencia natural del pensamiento que hay que aceptar y que, «rechazar esta experiencia del pensamiento, bajo el pretexto de que no contiene todas las garantías para llegar a la verdad, equivale a rechazar la condición humana, lo que al final es hacer injuria a la creación que nos ha hecho como somos». Esta reflexión de Newman, siendo Rector en Dublín, católico ya, y escribiendo sobre la Universidad, la concreta con esta otra de innegable actualidad en nuestros días: «La mejor manera de aprender a nadar en aguas tumultuosas no consiste precisamente en no arriesgarse jamás... Podar de vuestros manuales escolares todas las grandes manifestaciones del hombre natural y vuestro alumno los encontrará en la puerta de vuestra clase, con la vida y el soplo de la realidad». Este discurso tendría plena aceptación entre la juventud actual a poco que quiera pararse a pensar.

b) Los ámbitos en los que los valores cristianos deben jugar un papel positivo en la sociedad actual

La segunda cuestión, solapándose con la primera, poca información suplementaria ofrece, así que la comentaremos más brevemente. Recuérdese que se trata de saber, según los jóvenes europeos estudiados en esta encuesta de IFOP para el diario «La Croix», en qué ámbitos los valores cristianos jugarían un papel positivo en la sociedad de su país. Véanse las respuestas en la tabla 2.

TABLA 2. *Ámbitos en los que los valores cristianos deben jugar un papel positivo*
(En orden decreciente de menciones de los jóvenes españoles. Datos en %)

	ESPAÑA	FRANCIA	ALEMANIA	ITALIA	G. B.	EUROPA
Solidaridad con los más pobres	55	51	38	39	25	41
La familia y la educación	32	31	35	46	42	37
El diálogo entre las diferentes culturas y religiones	30	47	42	40	29	38
La acogida y la integración de los inmigrantes	15	13	7	21	10	13
La protección y el respeto del medio ambiente	11	9	15	5	10	11
La bioética, el respeto de la vida	6	11	22	11	19	14
La moralización del capitalismo	5	7	14	8	19	11
La construcción europea	2	1	3	4	3	3
N =	502	1 009	503	511	505	3 030
	100 %					

Fuente: IFOP para «La Croix», Trabajo de campo (Método CAWI) en marzo 2010.

Si luchar contra la pobreza en su sociedad era considerada como la prioridad para su iglesia, el ámbito en el que, siempre según los jóvenes, los valores cristianos pueden tener un papel positivo a jugar en la sociedad de su país es la solidaridad hacia los más pobres. Como se ve, que sea considerada la prioridad de la iglesia, o que sea la labor de sus miembros, como cristianos, el primer deber será la ayuda a los más necesitados. El principio de la caridad sería lo que identificaría, primeramente, a los cristianos y a sus iglesias. Esta afirmación, esta percepción de la identificación del «ser cristiano» como la persona caritati-

va (solidaría en lenguaje laico, dirían los jóvenes) es particularmente resaltada por los jóvenes españoles pues así lo mencionan el 55 % de entre ellos frente al 41 % de la media de los cinco países retenidos en esta encuesta y, de nuevo, como en la pregunta anterior, muy lejos de la percepción de los jóvenes ingleses entre los que apenas el 25 %, priorizan la solidaridad hacia los pobres como un valor principal para los cristianos, como tales cristianos en su sociedad, destacando ellos, por el contrario, la familia y la educación, con un 42 % de menciones, familia y educación que los jóvenes españoles mencionan en el segundo lugar (de los 8 ítems propuestos) con un 30 % de menciones.

Pero no nos perdamos en números: para los jóvenes europeos, y de forma muy significativa para los españoles, un cristiano, y la iglesia cristiana en su país, deben destacar por actuar a favor de los más necesitados. Esas son sus primigenias señas de identidad. (Digamos entre paréntesis que en la investigación «Jóvenes españoles 2010» de la Fundación Santa María⁸, a la pregunta más genérica de qué condiciones debe cumplir un joven para considerarse una persona religiosa, ante trece propuestas de respuesta ofrecidas, en el pelotón de cabeza, con más del 80 % de jóvenes mencionándolas, aparecen la «creencia en Dios», «ser una persona honrada» y «ayudar a los necesitados, marginados y excluidos». Solamente uno de cada dos señala el rechazo al aborto o la eutanasia y el 38 % «no mantener relaciones sexuales hasta formar una pareja para casarse». Para el detalle ver la página 192 de la citada investigación).

Volvamos un momento a la tabla 2 de la encuesta de «La Croix». Anotemos que los jóvenes españoles, casi en pie de igualdad con la importancia que conceden a la familia y a la educación como valores cristianos que tendrían un papel positivo en la sociedad de hoy, apuntan al diálogo entre las diferentes culturas y religiones. Vale la pena detenerse un momento en este punto. Caben, como poco, dos interpretaciones. Sea un indiferentismo, adornado como diálogo, del tipo «todas las religiones valen» (y así abonaríamos la tesis del relativismo religioso), sea la tesis de Jacques Dupuis que entiende el actual pluralismo religioso «como un factor positivo que atestigua al mismo tiempo la sobreabundante generosidad con que Dios se ha manifestado de muchos modos a la humanidad y la multiforme respuesta que los seres humanos han dado en las diversas culturas a la autorrevelación divina»⁹, con lo que en vez de «relativismo» religioso podríamos expresarnos en términos de «relatividad» de las respuestas que la humanidad ha dado a lo largo de la historia a la autorrevelación divina. Creo que fue Schillebeeckx quien escribió en tiempo del Vaticano II que Dios es único pero las religiones varias. Avancemos un poco más en este tema.

8. Esta investigación está dirigida por Juan González Anleo y Pedro González Blasco. Hace pocos meses, con breve intervalo, fallecieron los dos. No puedo citar este estudio sin recordar sus figuras y su enorme contribución al estudio empírico del fenómeno religioso en España, no suficientemente reconocido. Fue un honor y un placer trabajar con ellos.

9. J. Dupuis, *Hacia una teología cristiana del pluralismo religioso*, Santander 2000, 276-277.

En la última encuesta de valores del equipo europeo de valores (European Values Study) que se llevó a cabo en España por la Universidad de Deusto y que yo mismo dirigí con María Silvestre¹⁰, en el capítulo correspondiente a la dimensión religiosa, capítulo redactado por el profesor Manuel María Urrutia, se aborda la cuestión de «la verdad» de las religiones. En la tabla 3 trasladamos algunos de los resultados obtenidos.

TABLA 3. *Grado de acuerdo en torno a las siguientes afirmaciones sobre la verdad de las religiones*
(La tabla debe leerse en % horizontales)

	Solo hay una religión verdadera	Solo hay una verdadera, pero otras contienen verdades básicas	Todas contienen algunas verdades básicas	Ninguna tiene ninguna verdad que ofrecer	
TOTAL	23, 2	16	35, 9	16, 1	100 %
Hombres	19, 9	14, 1	34, 7	21, 8	100 %
Mujeres	26, 3	17, 8	37, 1	10, 6	100 %
18-24 años	14, 3	16, 8	39, 9	21, 4	100 %
25-34 años	14, 4	14, 7	38, 1	19, 9	100 %
35-44 años	16, 6	14, 6	41, 8	20, 5	100 %
45-54 años	18, 5	13, 6	39, 0	17, 9	100 %
55-64 años	29, 3	16, 4	38, 2	11, 4	100 %
65y + años	43, 1	20, 1	21, 7	6, 6	100 %

Fuente: Manuel M^a Urrutia a partir de datos de EVS-Universidad de Deusto. Bilbao 2008.

La tabla es muy rica en enseñanzas. Nos limitamos a apuntar unas pocas. Para el 76 % de los españoles de todas las edades, es decir, tres de cada cuatro, las religiones tienen algunas verdades que ofrecer, limitándose al 16 % quienes sostienen que «ninguna religión tiene ninguna verdad que ofrecer». (Las diferencias hasta el 100% del conjunto poblacional, no reflejadas en la tabla, esto es, los que no contestan a la pregunta, suman, en consecuencia, el 8 % de la población española. El mismo cálculo puede hacer el lector con las demás respuestas segmentadas del total poblacional). Este es uno de los indicadores que nos permite controlar el peso del ateísmo en España: el 16 % de la población española. Ahora bien, del 75% de españoles para quienes hay verdades en las religiones, para el 23 % «solamente hay una religión verdadera», para el 16 %, si bien «solo hay una religión verdadera, otras religiones también contienen verdades básicas», mientras que para el 36 % «todas las religiones tienen algunas verdades básicas». Como se ve, el pluralismo religioso es una realidad sociológica en la mente de los españoles, limitándose a menos de uno de cada cuatro quienes sostienen que hay una única religión verdadera, cifra

10. J. Elzo - M. Silvestre (dirs.), *Un individualismo placentero y protegido*. Cuarta Encuesta Europea de valores en su aplicación a España dirigida por la Universidad de Deusto. Bilbao 2010.

que podemos subir hasta el 40 % si tenemos en cuenta a quienes, aun estimando que solamente hay una religión verdadera, estiman que otras religiones también contienen verdades básicas. Cuál sea el perfil socio-religioso y de qué confesiones religiosas estamos hablando en cada uno de los cuatro tipos de españoles que acabamos de señalar no lo sabemos. Sencillamente, a nadie le ha importado saberlo. Y eso que la posibilidad de saberlo es muy sencilla y barata. (Me moriré diciendo que el interés científico —no las meras opiniones sin base comprobable— por el fenómeno religioso en España es prácticamente nulo. Y a quienes debería interesar tienen miedo de conocer lo que las ciencias sociales les podrían mostrar).

Pero en este texto estamos hablando de jóvenes y la tipología de españoles, de todas las edades, que acabamos de ofrecer atendiendo a la verdad que, según ellos, habría en las religiones, sufre un claro revolcón cuando nos limitamos a los jóvenes en edades comprendidas entre los 18 y los 24 años de edad. Solamente el 14 % estiman que hay una sola religión verdadera, cifra inferior a la de los que estiman que ninguna religión tiene verdad alguna que ofrecer, que sube al 21%, el resto, una mayoría del 57 % apuntándose a la tesis de que la verdad de las religiones, que aceptan, se distribuye en varias confesiones religiosas. En otras palabras, se apuntan en su gran mayoría a la tesis del pluralismo religioso (que otros llamarían, y la discusión es posible, indiferentismo religioso). El detalle lo puede consultar el lector interesado en la tabla 3, revisando los datos según seis franjas de edades diferentes, así como según el sexo de las personas. Comprobará el lector que a medida que avanza en edad disminuye la proporción de personas que consideran que hay una sola religión verdadera, dándose el mayor salto a partir de las personas de 65 y más años de edad. También que hay más mujeres que hombres para quienes las religiones son portadoras de verdades. Además en el indicador de ateísmo los hombres las doblan en proporción.

Volvamos brevemente, de nuevo, a la tabla 2 con el fin de completar los ámbitos en los que los valores religiosos, según la opinión de los jóvenes, pueden jugar un papel positivo en la sociedad. Ya hemos dicho que, según los jóvenes españoles, el ámbito más señalado (lo menciona el 55%) es el de la solidaridad hacia los más pobres y, a continuación, casi a la par, con un 30 % de jóvenes que lo señalan, el diálogo entre las diferentes culturas y entre las diferentes religiones, por un lado, y la labor en la familia y en la educación, por el otro. Los otros cinco ámbitos por los que se les preguntaba, reciben una aquiescencia notoriamente menor. Nos limitamos, sin más comentario, a indicarlos, en orden decreciente de menciones, indicando entre paréntesis el porcentaje de jóvenes españoles que los señalan: la acogida e integración de los inmigrantes (el 15 %), la protección y el respeto del medio ambiente (11%), la bioética y el respeto de la vida (6%), la moralización del capitalismo (5%) y, por último, la construcción europea (2%).

3. ALGUNAS LÍNEAS DE EVANGELIZACIÓN DEL PAPA FRANCISCO

El pensador y filósofo catalán Francesc Torralba acaba de publicar un libro, *La Iglesia en la encrucijada: De Benedicto XVI al papa Francisco*¹¹, en cuya lectura me encuentro cuando estoy repasando el presente texto. Nada me ha parecido mejor para cerrarlo que anotar, de la mano de Torralba, algunos ejes del pensamiento del Papa.

Francesc Torralba en el último apartado de su libro aborda, tras una lectura de textos relevantes del papa Francisco cuando era Arzobispo de Buenos Aires, una serie de sus escritos de los que extrae «algunas claves de su pensamiento (...) con el fin de captar las bases de su forma mental». Creo que pueden servir como líneas de evangelización para la sociedad de nuestros días.

Estas son las palabras de Torralba: «Dentro de este conjunto polifónico de temas y de cuestiones que configuran su talante humano e intelectual, considero relevante destacar los siguientes: el valor del diálogo, su defensa del universalismo integrador frente a una globalización unívoca-mente neoliberal, la virtud de la esperanza frente al desencanto colectivo, la opción preferente por los pobres y humillados de la tierra, la coherencia como criterio de credibilidad, la necesidad de rememorar el pasado, su idea de un Dios cercano y el espíritu de renovación y de reforma que alientan sus textos».

A continuación, con gran profusión de citas, desarrolla cada uno de los ocho aspectos del pensamiento de Jorge María Bergoglio que me limito a enumerar. Estoy seguro de que la gran mayoría de los jóvenes los aceptarían de buen grado. Quizás con la excepción de la necesidad de «rememorar el pasado». Pero eso sería pretender demasiado de los jóvenes, que apenas tienen pasado. Para ellos todo es presente y futuro, y las líneas maestras del papa Francisco les servirían de norte y guía. Eso sí, expresadas con la cercanía y sin espíritu impositivo alguno que le caracterizan.

11. En Editorial Destino, Barcelona 2013. Estoy leyendo el libro en formato «ebook» de ahí que no pueda dar el número de página en formato papel de la cita. Pero con lo que indico el lector interesado dará con ella sin dificultad.